



JUNIO 2014

N.º 56

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

PALABRA DE DIOS



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 (España)
E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689
657 401 264

Sumario

Palabra de Dios	1
Pensamientos.....	1
Hasta setenta veces siete	2-3-4
Oferta	4

No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar. No hay nadie tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón, siempre que su arrepentimiento sea sincero. Cristo que ha muerto por todos los hombres, quiere que en su Iglesia estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado

(C.I.C 982)

«Oísteis que fue dicho: ‘Ojo por ojo, y diente por diente’. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo’. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto» (Mt 5,38-48).

PENSAMIENTOS

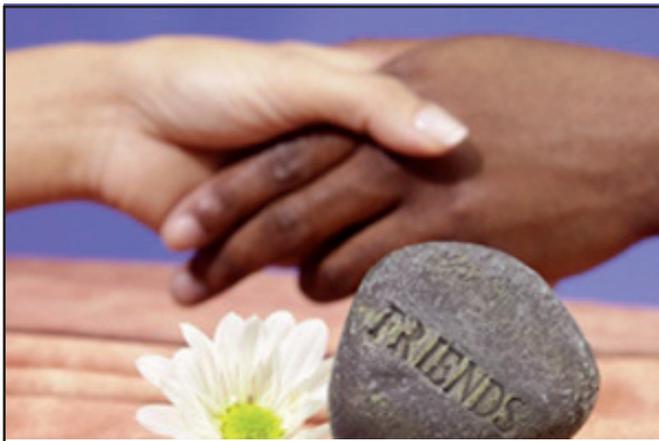
- El perdón es una decisión, no un sentimiento, porque cuando perdonamos no sentimos más la ofensa, no sentimos más rencor. Perdona, que perdonando tendrás en paz tu alma y la tendrá el que te ofendió. **(Madre Teresa de Calcuta).**
- La espiral de la violencia sólo la frena el milagro del perdón. **(Juan Pablo II)**
- Las lágrimas no piden perdón, lo merecen. **(San Ambrosio).**
- Nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre dispuestos a perdonar. **(San Juan Crisóstomo).**
- No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón. **(Juan Pablo II)**
- Si no perdonas a tu enemigo, te conviertes en tu propio enemigo. **(San Agustín)**
- Cuando perdonas de corazón, ¿qué es lo que pierdes? Cuando perdonas a quien peca contra ti ¿qué tienes de menos en tu corazón? **(San Agustín).**

HASTA SETENTA VECES SIETE

COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS...

El perdón es un acto de compasión o misericordia hacia quienes en un momento dado nos han hecho daño en la vida. Perdón significa "mucho don". No todo el mundo está dispuesto a ese acto de generosidad; hay quienes guardan ese "mal recuerdo" o rencor en su corazón y no perdonan a quienes les ofendieron, algo que no es cristiano, porque precisamente el cristiano debe distinguirse de quienes no lo son por su capacidad para perdonar de corazón. La acción de perdonar es algo que agrada sobremanera a Dios Nuestro Señor.

La lección sobre el perdón nos la dio admirablemente Nuestro Señor no solo como doctrina, y como oración, sino con su vida entregada en la Cruz en rescate, como paga de nuestro pecado para que todos fuésemos perdonados. Y si Él, que era impecable, perdonó de corazón y lo hizo de una manera tan sublime, con palabras y con su silencio paciente, ante Dios y ante los hombres, nosotros debemos imitarlo también en esto. Todos hemos hecho alguna vez algo indebido u ofendido y pecado contra alguien en nuestra vida, unas veces queriendo, otras sin querer, pero todos somos culpables de haber faltado a la caridad contra el prójimo más de una vez; por lo tanto, todos de alguna manera hemos necesitado que se nos perdone y que se olvide nuestra ofensa. Y por eso, porque todos hemos herido alguna vez a alguien, y no digamos ya a Dios, debemos perdonar como también nosotros requerimos o necesitamos que se nos perdone. Y aun en el caso de que nunca hubiéramos ofendido a un ser humano, algo impensable, hemos ofendido constantemente a Dios en pecados graves y leves, y esto es a diario.



La Santa Biblia nos invita a perdonar y nos pone como ejemplo a Cristo que fue modelo en saber perdonar de corazón: *Sed más bien buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente, como Dios os perdonó en Cristo (Ef 4,32). Revestíos de entrañas de misericordia (...) soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro, como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros (Col 3,13).* Porque no es lo mismo perdonar de corazón como Cristo perdonó y nos

perdona a todos, que hacerlo de palabra y guardando rencor hacia quien nos ofendió.

YO PERDONO, PERO NO OLVIDO

Esta frase que circula por boca de muchos católicos, es totalmente anticristiana, eso no es perdonar, es más bien engañarse a uno mismo, y ese perdón, no le vale ni al prójimo ni a Dios. Cuando Dios perdona lo hace completamente y sin reservas, devuelve al pecador al mismo estado de amistad que antes tenía, y descarta todo alejamiento. El Señor para demostrarnos que no es como los hombres, que guardamos rencor cuando nos ofenden, nos dice que nuestros pecados que le ofendieron *Él promete borrarlos y olvidarlos (Is 43,25)*, porque Dios perdona completa y perfectamente.

Quienes no perdonan renuncian –por decirlo de alguna forma– al perdón de Dios (Mt 6,12-15), y el que no quiere perdonar desagrada muchísimo a Dios. Bien claro nos lo expuso Nuestro Señor en la parábola del siervo que no perdonó (Mt 18,23-35). Jesús le dejó bien claro a Pedro que para los cristianos no hay un límite a la hora de perdonar, ni limitación de veces ante ofensas u ofensores numerosos (Mt 18,21-22).

Dar o negar el perdón constituye la encrucijada de lo que es ser o no ser cristiano. Leyendo con atención el pasaje bíblico que relata cómo se introdujo la corrupción de la Humanidad a través de la descendencia de Caín (Gn 4,17-24), podemos deducir que sobre este perdón ilimitado se apoya uno de los quicios sustentantes del mensaje de misericordia y de renovación de la Humanidad que Jesucristo predicó y que hizo posible que el hombre lo pudiera llevar a cabo gracias a la fuerza regeneradora de su Redención. Frente al orgullo que introduce Caín de dar a una ciudad el nombre de su hijo, olvidándose de dar gloria a quien le protegió de la venganza ajena y le permitió gratuitamente rehacer su vida después de haber asesinado a su hermano, Jesús nos enseñó a ser pacíficos y humildes de corazón como Él (Mt 11,29). En vez de tener el varón subyugadas a la mujeres por la poligamia, o siquiera expuesta fácilmente a ser abandonada del marido por el divorcio, Jesús renueva la Humanidad enseñándonos y comprometiéndose a darnos la gracia para vivir la fidelidad corporal y espiritual en el matrimonio y la castidad en los solteros (Mt 5, 27-28. 31-32). Y en lugar de la amenaza de vengarse setenta veces (Gn 4, 24), nos perdona en la Cruz y nos da la gracia de poder llevar a cabo el perdón ilimitado; que eso significan las cifras tan elevadas de setenta veces siete (Mt 18,22) o siete veces al día (Lc 17,4). El perdón, el que Dios nos otorga o el que con su gracia no hemos de negar, está por medio en los tres casos.

Todos hemos pecado contra Dios (Rom 3,23), pero en su Palabra aprendemos que Él siempre está dispuesto

a perdonarnos si le pedimos perdón de corazón (Sal 103,12; Is 38,17). El cristiano debe imitar la forma perfecta y completa del modo como Dios perdona cuando alguien lo ofende. Y puesto que el cristiano ha recibido una medida plena del perdón de Dios, está bajo la obligación de perdonar a sus semejantes cuando se le presente la ocasión o incluso antes de que se le presente, y ha de hacerlo con la misma medida con que él fue perdonado. Fácilmente olvidamos que la "medida" de nuestra ofensa a Dios es "impagable". Ofender a Dios es un delito que no podemos reparar por nosotros mismos; nos supera totalmente. Sólo Jesucristo puede reparar con su sacrificio en la Cruz tal ofensa. A cambio nos pide una pequeña cooperación: que de ninguna manera nos neguemos a perdonar la deuda insignificante que nos infiera cualquier persona –pues es uno como nosotros–. Esta es la revelación sorprendente que nos descubre la parábola del deudor injusto (Mt 18,23-35) sobre la gravedad de cualquier pecado, y la buena noticia de la enorme fuerza reconciliadora que tiene el perdón chiquito que nosotros podemos otorgar.

Quien rehúsa perdonar no puede ser perdonado mientras no lo haga él. Aunque en el Antiguo Testamento no se habían alcanzado estas cotas tan elevadas de revelación sobre la indeclinable obligación que tenemos de perdonar por la deuda impagable adquirida con Dios, y la forma tan inigualablemente amorosa que tiene Dios de perdonarnos tal como se revela en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-31), del increíble perdón a sus verdugos en la Cruz, excusándolos (Lc 23,34), y en el diálogo de Jesús resucitado con Pedro después de la triple negación (Jn 21,15-19), sí tenemos al menos noticia de la fuerza reconciliadora del perdón, pues de esa manera David ablandó el corazón endurecido de Saúl (1Sam 24, 26).

PERDONAR PARA SER PERDONADOS

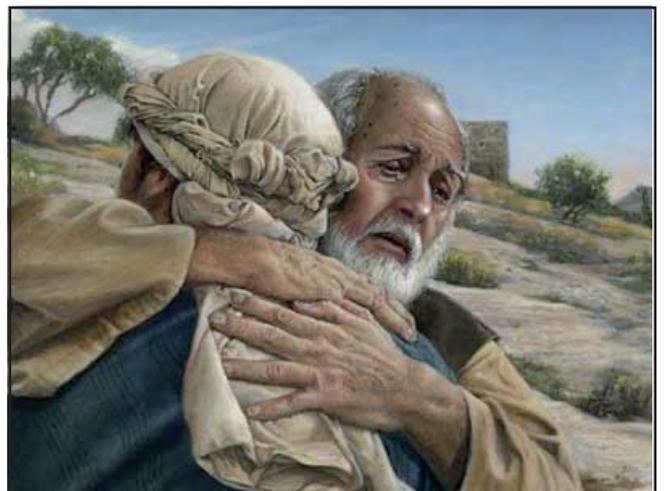
Pedro preguntó al Señor cuántas veces tenía que perdonar a su hermano que pecara contra él "¿hasta siete veces?" Pero la respuesta del Señor fue imprevisible para Pedro, como se ha visto. Es de justicia, porque si el Señor nos ha perdonado, nosotros tenemos que hacer otro tanto (Col 3,13). Luego si alguien se resiste a perdonar, sabe con lo que se va a encontrar el día del juicio: *Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas* (Mt 6,14-15). Está muy claro, hasta un niño lo entendería.

Sin embargo, no solo debemos perdonar cuando nos han pedido perdón y reconocido la ofensa, debemos perdonar aun si no nos piden perdón o no reconocen la ofensa, incluso, aunque nunca la reconozcan y nunca nos pidan perdón, eso es perdonar de corazón. Además debemos hacerlo cuantas veces nos ofendan. Y *perdónanos vuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6,12). Es evidente según el texto evangélico que debemos perdonar aunque no hayan saldado la deuda con nosotros y aunque nunca lo hagan. El perdón no se puede negar desde que sabemos que se nos ha perdonado infinitamente más de lo que nos pueda ofender alguien y esto no es doctrina humana sino divina.

Jesús, para llevar a cabo su programa de renovación de la Humanidad, no teme exigir una reconciliación radical, puesto que con su gracia es posible. Y no puede consentir dejar ningún resquicio abierto a una enemistad enquistada. Suele suceder que uno no sea consciente de haber ofendido a otro, y sin embargo, el que es mi prójimo se siente ofendido por mí. Las palabras del Sermón de la montaña parecen salir al paso de esta situación: *Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda.* (Mt 5,23-24).

¿QUÉ IMPLICA EL PERDONAR?

Perdonar implica entre otras cosas, no tener ya más en cuenta la ofensa bajo ningún aspecto. Desecharla del corazón y de la memoria, ¡olvidarla! Renunciar a toda rencilla o venganza personal. No guardar rencor nunca jamás, no alegrarse de las desgracias del ofensor y, mucho menos, desearle ningún mal, ni siquiera que Dios lo castigue. Es más, lo auténticamente cristiano y santo sería rogar por él y pedirle a Dios su misericordia. Así lo hizo Cristo y así debemos seguir haciéndolo nosotros.



Perdonar es olvidarnos de nosotros mismos; es un acto heroico en contra de nuestro amor propio, porque es anteponer el bien del otro y olvidarnos del mal que nos hizo: «*Con nadie tenéis otra deuda que la del mutuo amor*» (Rm 13,8). El ejemplo lo tenemos en el mismo Jesús que, a punto de morir en la Cruz, cuando la ignominia llegó a su más alto nivel, pidió perdón al Padre por sus ofensores excusándolos públicamente. Perdonar es un acto de nuestra voluntad no de nuestro razonamiento. Perdonamos porque creemos en Dios y en su doctrina, y porque queremos imitarle. Si nos detuviésemos a razonar si debemos o no perdonar, nunca perdonaríamos; siempre veríamos razones para no hacerlo. Nuestro deber es perdonar sin sopesar cuán dolorosa haya sido la ofensa. Por otra parte, perdonar implica olvidar la ofensa, como si nunca hubiera ocurrido.

LAS ATADURAS DE NO PERDONAR

Olvidar la ofensa nos parece una exigencia insufrible y no advertimos el alivio que proporciona, ¡cuánto

se sufre inútilmente cuando congelamos la ofensa hasta que llegue el momento de responder con la venganza! Y, sobre todo, uno experimenta que al ser generosos en el perdón nos beneficiamos de las promesas concedidas al que perdona, se siente liberado de sus pecados.

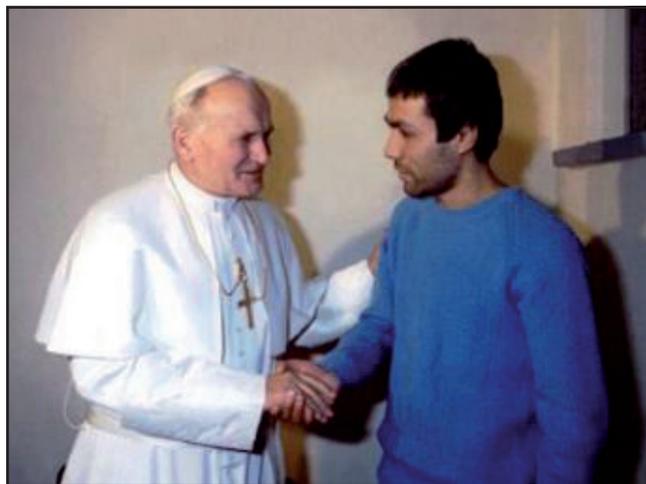
No hay veneno más letal para el alma que el rencor, el odio, frutos de no perdonar lo que nos hicieron, Hay multitud de almas atadas por no haber perdonado. No hay crecimiento espiritual en sus vidas, y en cierta medida, vienen a ser esclavas del diablo. Perdonar libera, rompe las ataduras con las que el diablo ata a aquellos que no perdonan, pero que finalmente lo han hecho. El que no perdona queda esclavo de su propio odio; en cambio, el perdonar trae liberación espiritual a nuestras vidas. *Perdonar es vencer el mal con el bien* (Rom 12,20). Cuando le preguntaron a Jesús cuáles eran los mandamientos más importantes, Él respondió diciendo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero. Y el segundo es semejante: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas* (Mt 22,37-40).

Ya hemos dicho que perdonar es un deber y una liberación: es necesario perdonar para ser perdonado, porque cuando nos abrimos a la gracia de perdonar al prójimo, entonces se hace efectivo también recibir el perdón de Dios, cosa que no ocurre si no acogemos esa gracia de perdonar de la que no es capaz el hombre caído por sí mismo: *Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los Cielos os perdone vuestras culpas* (Mc 11,25-26).

No podríamos llamarnos cristianos si no perdonamos; el perdón es lo más característico de que somos auténticos cristianos e hijos de Dios. En ningún otro código religioso se exige el amor a los enemigos (Mt 5,44; Lc 6,27). Hay que perdonar, pero hay que hacerlo de verdad. No podemos ir a comulgar si llevamos en el alma el rencor hacia alguien (Mt 5,24). No podemos pasar tampoco la vida y llegar al final sin haber limpiado el alma de ese odio, porque nos puede costar la Vida Eterna. No podemos vivir teniendo siempre presente la ofensa de alguien e irritándonos cada vez que la recordemos, aun a pesar del paso de los años, porque al final seremos víctimas de esa equivocada postura, que además, nos quitará la paz a menudo e incluso si tenemos muy arraigada en nosotros esa ofensa y no la desechamos de nuestra alma, podría decidir nuestro destino eterno según nos enseñó Nuestro Señor: *Así también mi Padre Celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas* (Mt 18, 35). Perdonar atrae grandes bendiciones de Dios y su gracia para el alma. Cierra las puertas del Infierno, impidiendo que el enemigo que nos tenía atados por la rencilla pueda entrar. El que perdona vive en victoria, ha ganado la batalla al amor propio, uno de los peores enemigos del alma.

PERDONÉMONOS A NOSOTROS MISMOS

No podíamos cerrar este tema si habláramos solamente del perdón al prójimo y omitiéramos el perdón



hacia nosotros mismos. Porque sucede a menudo que una persona se equivoca en la vida, hace un mal que acarrea malas consecuencias y no se perdona a sí misma, ofendiendo así la misericordia infinita de Dios que perdona, olvida y no cuenta.

Cierto que es muy doloroso cuando pecamos y después comprendemos el mal tan grande que hicimos hacia alguien o hacia nuestra propia alma. Pero mientras hay vida hay esperanza y podemos rectificar siempre, por grandes y negros que sean nuestros pecados o errores. Hay quienes han vivido una vida de pecado inmenso y les bastó solamente el último instante para pedir a Dios perdón de corazón y cambiar su destino eterno con un solo acto de arrepentimiento sincero. Pero como esto nos sabemos si nos sucederá a nosotros, es mejor que mientras tengamos conciencia de pecado vayamos primero al Sacramento de la Confesión y después compensemos con penitencias, buenas obras y limosnas el mal que hicimos y que tanto nos duele y nos corroe el alma, porque nada desea más Satanás que invadirnos con el desaliento y la desesperanza y hacernos creer que no merecemos perdón alguno ni de Dios ni de nadie. No caigamos en ese error tan lamentable y aceptemos ante Dios y ante nosotros mismos con humildad y espíritu de enmienda no sólo el mal que un día hicimos, sino que deseemos la misericordia infinitamente generosa de Dios y hagamos aquello que tanto le agrada: perdonar de corazón las pequeñas ofensas que recibamos y practicar la misericordia a manos llenas sin hacer discriminación de personas.

P. D. C. M. F.

O F E R T A

- Libro de Mensajes Celestiales "Dadme de Beber"
- Rosario-Coronilla de las Lágrimas de la Virgen
- Tres Folletos diferentes de contenido espiritual

20 Euros sin gastos de envío.

Pago por adelantado a la cuenta

BBVA 0182 0894 13 020 1542610